

182 S. Pelajo y Maná

LA MUJER PAGANA

Y

14

LA MUJER CRISTIANA

DISCURSO

leído por

D. FRANCISCO DE PAULA VILLA-REAL Y VALDIVIA

DIRECTOR DE LOS ESTUDIOS PARA LA ENSEÑANZA DE LA MUJER  
QUE COSTEA  
LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE GRANADA,

en la

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO DE 1893 Á 94

Verificada el día 15 de Octubre de 1893.



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1894

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

**LA MUJER PAGANA Y LA MUJER CRISTIANA**

3 ENER. 94

LA MUJER PAGANA Y LA MUJER CRISTIANA

2 FEB 84

R. 24388

# LA MUJER PAGANA

Y

# LA MUJER CRISTIANA

## DISCURSO

leído por

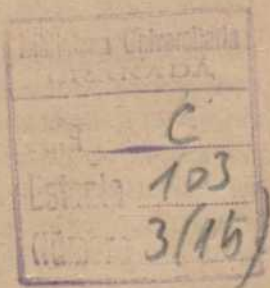
D. FRANCISCO DE PAULA VILLA-REAL Y VALDIVIA

DIRECTOR DE LOS ESTUDIOS PARA LA ENSEÑANZA DE LA MUJER  
QUE COSTEA  
LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE GRANADA,

en la

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO DE 1893 Á 94

Verificada el día 15 de Octubre de 1893.



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1894

LA MUJER RUSA

# LA MUJER CRISTIANA

DISCURSO

DE FRANCISCO DE PAULA VILLERREAL Y VILLALBA

CONFERENCIA APURTEADA EN EL TEMPLO DE SAN JUAN DE LOS RIOS

MADRID

IMPRESION EN LA OFICINA DE LA REVISTA DE ECONOMIA Y SOCIOLOGIA

1882

*Excmo. Sr., Sras. y Sres.:*

La suerte de la mujer en su distinta condición social es un problema que ha ocupado preferentemente la atención de los moralistas y de los filósofos en las distintas épocas de la historia. Y ciertamente que es digna de fijar nuestra atención, cuando se ve que la débil mitad del género humano ha pasado por bien distintas evoluciones, siendo para el hombre, desde un objeto de poco precio, un mueble, una mercancía, una bestia de carga ó una víctima expiatoria, hasta un ídolo que merecía sus adoraciones, ó una amiga y eterna compañera de su vida, que con él compartía las amarguras de su trabajada existencia, y que, merced á la aparición de una doctrina tan pura como universal, la igualaba en su condición ante los pueblos.

Si fijamos la atención en las primeras palabras del Génesis, cuando de la creación del hombre se trataba, nos encontraremos con una situación dada á la mujer, que fué, por decirlo así, como el anuncio de la era de dicha y de ventura que á la misma se le reservaba en tiempos posteriores. Pero esta dicha tuvo la duración que para nuestros primeros padres tuvo la era de la *Gracia*, y con el pecado comienza para las mujeres el larguísimo período de sus amarguras y de sus dolores, que sólo habían de tener, después de muchos siglos ya pasados, su lenitivo y su término final con la aparición del Cristianismo.

Hé aquí por qué no sería inoportuno que aceptando la moderna escuela histórica que divide todos los sucesos de la humanidad en dos grandes períodos, que con los nombres de *Historia del mundo pagano* é *Historia del mundo cristiano* se le conocen, dividamos también este trabajo en otros dos grandes períodos, con el fin de que viendo á grandes rasgos la situación de la mujer durante el *Paganismo*, podamos apreciar después las excelencias morales y materiales de que hoy disfruta, y su influencia social, merced á su *dignificación por el Cristianismo*.

\* \* \*

La existencia de la mujer desde que, perdida la *gracia* de la creación, comenzó su peregrinación en la vida, sujeta á todos los disgustos y penalidades de la tierra, fué un martirio tan continuado que bien puede decirse que su aparición en el mundo es una eterna amargura sin consuelo ni lenitivo alguno. Comenzaba á sentir los inconvenientes del pecado, y como su primer castigo, el hallarse bajo la potestad del hombre, que si alguna vez supo moderar en algún tanto los efectos de tal poder, casi siempre apareció esta potestad con los más negros colores, y el dominio del marido de que habla la *Escritura* se convirtió casi siempre en una ominosa esclavitud que duró todo el tiempo que el Paganismo se enseñoreó del mundo antiguo. Véanse si no las tradiciones teogónicas de la antigüedad, y en todas ellas se notará el recuerdo de la falta cometida por la Eva paradisiaca, y la atronadora maldición de Adán, repetida de generación en generación, como justificante, para ellas natural y lógico, de la horrible tiranía y de la inferioridad y servidumbre en que se la colocaba para con el hombre.

El Oriente, Grecia y Roma nos ofrecen un vasto arsenal donde estudiar la condición de la mujer en el mundo antiguo. El Oriente con sus tradiciones, la Grecia con su sentimiento artístico, y Roma con la fuerza de su le-



gislación, hacen de la mujer un objeto triste y despreciable, y arrebatándole los derechos con que la revistió Dios en la creación, formándola igual al hombre, la colocan en una situación tal de abyección y envilecimiento, que hizo á filósofos y á moralistas muy distinguidos de la antigüedad negar á tan hermosa mitad del linaje humano la cualidad espiritual de que se hallaba adornada.

La mujer entre los hebreos (pueblo de la antigüedad donde más se la respetaba) no alcanza ni con mucho las preeminencias á que tuviera derecho, toda vez que puede entrar en la esclavitud, y la misma legislación revela una parcialidad tan marcada hacia el hombre, que dispone el que los padres tuvieren ominosos derechos sobre ellas, que pudiesen venderlas y dedicarlas al Señor aun contra su voluntad. Y no era sólo ésta la única causa de tristeza de la mujer entre los hebreos. El marido podía repudiarla y su condición en la familia no era todo lo lisonjera que parece, pues que nada significaban ellas cuando tenían hijos, los que ostentaban toda la representación legal.

Si á esto añadimos que la prostitución se conservó en la Judea á pesar de la legislación mosaica, se comprenderá perfectamente que aun siendo ésta la nación de las antiguas en que á la mujer cupo mejor posición social, no es ésta nada envidiable ni merece más elogios que comparándola con la de otros pueblos del mundo pagano donde su condición fué tan despreciable que había animales más privilegiados que ellas.

Véase si no la situación de la mujer en el Egipto. Allí la condición fué muy triste en los primeros tiempos, tardándose mucho en introducir la institución matrimonial y consintiéndose ésta sólo entre parientes muy cercanos, llegando hasta verificarse entre hermanos y hermanas. Allí existía la poligamia como institución legal; los serrallos guardaban á las mujeres hacinadas para ser víctimas de futuros placeres, y el Rey tenía derecho de escoger entre estos serrallos, y donde quiera que en-

contrase á las mujeres más hermosas de su país, para satisfacer con ellas sus lúbricos deseos. El Egipto nos presenta los primeros síntomas de la prostitución sagrada, y con tales caracteres, que en el fanatismo con que se practicaban sus falsas creencias, hasta los mismos Reyes no vacilaban en prostituir sus hijas si esto les había de proporcionar el medio de aumentar las riquezas consagradas á sus falsos dioses.

La Fenicia, con su carácter colonizador, comerciante y amigo de la navegación, aunque pueblo más serio que el anterior y más dado al lucro y á los negocios mercantiles, consideraba á la mujer como uno de los múltiples objetos á que podía dedicar su actividad comercial. Por esta razón, la situación de la mujer no era nada apetecible en la Fenicia, llegando el caso de que sólo era aceptada por los hombres como esposa la que antes había ganado con su cuerpo el producto de su dote. Si á esto se añade que las vírgenes, las casadas y las cortesanas tenían imprescindible obligación de sacrificarse algunas veces á la diosa Venus, se comprenderá perfectamente cuál era y fué la situación moral y social de la mujer entre los fenicios.

La China, con su constitución particular y el poder autoritario del jefe de la nación, nos ofrece á la mujer en una situación muy deplorable, toda vez que allí se admitía la poligamia, se las compraba para el matrimonio, como un objeto cualquiera, permanecían siempre en un estado de servidumbre, y para nada se ocupaban las leyes de su condición social. Era tan triste su estado en este pueblo, que el marido podía vender á la mujer ó jugarla, así como á sus hijos; y llegaba el caso de dedicarlas unidas á los animales para la labor de sus tierras. El divorcio estaba allí admitido; el concubinato existía, y la situación de la mujer era tan triste que sólo puede compararse con la de los pueblos menos civilizados del antiguo mundo.

Si de la China pasamos á la India, encontramos allí una ley de castas que, dividiendo al pueblo en distintas

clases, y aceptando como doctrina religiosa la de la trasmigración de las almas, y con el panteísmo como fondo de su creencia, hacen que la condición de la mujer en aquel pueblo sea bien poco lisonjera, aunque distinta, según sea distinta la casta á que pertenezca. El principio sacerdotal imperaba en absoluto, y aunque es cierto que la poligamia no existía tan extendida como en otros pueblos, también lo es que la mujer no era absolutamente nada en la esfera social, toda vez que, según una de sus antiguas leyes, el hombre y la mujer formaban una sola persona, arrancando por completo toda personalidad independiente á la mujer en la sociedad. Añádase á este precepto legal la idea, consignada en otra disposición, de que la mujer debe ser siempre compañera del hombre, en la vida y en la muerte, lo que dió origen á la ominosa costumbre de arrojarse á las llamas la viuda después de muerto su esposo, y se comprenderá que la existencia de la mujer en la India era un eterno martirio, estando sin libertad alguna durante su vida, y teniendo que renunciar al derecho de vivir una vez terminada la existencia de su esposo.

Esto sin que recordemos que á veces el indio hacía matar á su mujer como una vaca cuando no le servía, y que las jóvenes vírgenes eran frecuentemente ofrecidas como un tributo al dios de la pagoda.

La situación de la mujer en la Siria era más despreciable, si cabe, que en los pueblos anteriores. Allí hacía una vida dividida entre la prostitución y la guerra, sin consideraciones en la sociedad y en la familia, y sirviendo en las empresas guerreras de auxiliar al hombre y en las fiestas de la diosa Venus como instrumento de sus infames placeres.

Entre los babilonios y los asirios, la mujer tenía una situación tristísima, habiendo escrito una ley por la cual una vez por lo menos en su vida aquéllas tenían necesidad de entregarse á los extranjeros como ofrenda á los dioses, y éstas eran vendidas en pública subasta antes del matrimonio, empezando por las más hermosas.

Entre los armenios, los medos y los persas no variaba gran cosa la condición de la mujer, teniendo el marido derecho de vida y muerte sobre ellas, autorizando sus leyes el divorcio, existiendo serrillos para el entretenimiento de los grandes señores y privando á la mujer de toda la consideración social á que desde la creación tenía derecho.

Este ligero resumen de la historia de la mujer en los pueblos del mundo antiguo oriental nos prueba de una manera concluyente que los primeros hombres después de su caída, impulsados por su necesidad y el instinto de conservación una vez salidos del Paraíso, tuvieron necesidad de ser cazadores primero y pastores más tarde, formando tribus como símbolo de la primera asociación humana, y suavizando cada vez más sus primitivas costumbres. Por eso la mujer, que había sido tratada por los cazadores como la bestia del bosque, que arrastrada por la melena era conducida al tálamo nupcial pasajero y común, halló más tarde bajo la tienda de la tribu una institución y unas costumbres que suavizaron en algún tanto su situación, llegando á ser para el hombre objeto de estima, como lo era cualquier objeto de su propiedad. Primer paso de ascenso en la condición de la mujer, pues de hembra abandonada, vagabunda, unipersonal y común, asciende á la condición de una propiedad, de una esclava que vivía al lado de su señor, y entre las otras mujeres de igual manera adquiridas.

Tal es la síntesis de la situación de la mujer en el Oriente: allí, cerca de su cuna, cerca del teatro de su falta, vive la vida de la degradación, mereciendo estarlo así por la inferioridad moral con que aparece en el mundo, que víctima de la tiranía de su señor se presenta unas veces como juguete de sus deseos, ó la mercancía de quien se espera buen precio, ó es otra vez el ídolo á quien adora un fanático, pero que en medio de esa adoración no está tranquila, porque sólo aguarda el momento dado de que el ídolo se rompa ante el poderoso imperio de su voluntad.

Tras los horrores y brutalidades con que se significa la vida de la mujer en el Oriente, viene su situación en el pueblo griego, que si el espíritu de cultura, de civilización y de arte le animaba en todas sus manifestaciones, no por eso mejoró mucho la condición social de la mujer. Véase si no desde sus primitivas manifestaciones literarias y legislativas cómo se nos enseña que los griegos poseían mujeres para su deleite ó para que les dieran hijos, pero jamás se encuentra retratado el más ligero destello del purísimo amor en casi ninguna de las primeras composiciones literarias de este pueblo.

Es, sin embargo, un paso gigantesco en la situación de la mujer en el mundo antiguo el ver que éstas no se encuentran ya hacinadas en el serrallo como las mujeres orientales, que tienen alguna participación en el gobierno de la casa y que rara vez entraban en esclavitud, lo que si desgraciadamente ocurría, perdían su individualidad convirtiéndose en mercancía.

Tenían, sin embargo, las mujeres griegas que conducirse de manera que excitaran la imaginación de los hombres, para lo cual las doncellas aparecían medio desnudas, con trajes muy ceñidos, desprovistas de ropa blanca y con una significación de sus formas que les hacía sacrificar la más bella de sus dotes: el pudor.

La prostitución se extendió de una manera fabulosa por toda la Grecia. Los más encumbrados ciudadanos frecuentaban el trato de las cortesanas, llegando un día en que casi reinaron en la Grecia. El mismo Solón elevó un templo á la diosa de la prostitución, y los sacerdotes y los poetas, al inventar y escribir los anales de los dioses, deificando el goce sensual, prostituyeron á la mujer griega para explotar su credulidad con tan infames leyendas; y llegó á tanto la depravación y el afeite de aquellas mujeres, que, semejante á lo que hoy hacen muchas señoras del gran mundo, se teñían el pelo de amarillo para imitar á las diosas del paganismo, lo que hizo decir á algún padre de la Iglesia que esto era una

infamia y una vergüenza que nunca debía consentir una mujer honesta.

Así la situación de la mujer griega era insostenible, pues mientras ésta, olvidada, se dedicaba á las faenas de su casa, empleando todo su tiempo en hilar y en cuidar de los negocios domésticos, no se le daba condición alguna social, y sus maridos entre tanto vivían en brazos de impuras cortesanas; y en tanto que á la mujer honrada no se le dignificaba cual merecía, los filósofos y los poetas dignificaban y cantaban alabanzas á las mujeres cortesanas, que á veces llegaron á tener templos y decidían hasta de la justicia entre los griegos.

En cambio los filósofos, esos mismos que quizá se arrastraban á los pies de las cortesanas, llegaban en alguna ocasión á enseñar en sus escritos que la mujer procedía del mal como las tinieblas, afirmando alguno que la razón y la sabiduría eran incompatibles con la mujer, y diciendo otro, viendo una mujer colgada de un árbol, estas significativas palabras: «Pluguiera al cielo que los árboles llevaran siempre el mismo fruto.»

Nunca podían tener pureza las doncellas griegas, toda vez que la libertad de costumbres las hacía aparecer siempre como incentivo de los goces sensuales del hombre.

Las bellas artes representaban á la mujer griega en estado de desnudez, y en el seno de la familia ésta no tenía más misión que la de dar hijos para engruesar el ejército ó el Estado, no logrando ninguna consideración social. Véase por qué fueron allí siempre tratadas como hembras más bien que como mujeres y compañeras de los hombres; y por qué no se las estimaba sino en razón de la proporción de sus formas y el vigor de su temperamento. Se les acostumbraba desde muy niñas á manejar el venablo y á correr por el circo desnudas en presencia de los jóvenes de su edad; había leyes que reemplazaban, en circunstancias dadas, al amante por el marido; los hijos se separaban de sus madres y no pertenecían á la familia, sino al Estado; las uniones incestuosas

y los cruzamientos de raza eran legítimos para embellecer las castas; y la mujer, por último, era sólo un elemento de valer cuanto más artístico y hermoso era el producto de su seno, en las distintas uniones que la ley le permitía.

Tal era la situación de la mujer entre los griegos. Adelantó algo comparándola con la mujer oriental, pero su condición no dejaba de ser degradada y envilecida.

Veamos ahora su situación entre los romanos.

En Roma la mujer era sierva del marido mediante una compra que la colocaba bajo su dependencia absoluta; y aunque ganó mucho al venir de Grecia á Roma, es lo cierto que siempre pesó sobre ella la rigidez de la autoridad doméstica, permaneciendo bajo el perpetuo dominio del marido. Allí el padre de familia tenía derecho de vida y muerte sobre sus hijos; allí se recogían las niñas para comerciar más tarde con sus gracias; allí se inmolaba á las recién nacidas de torpe configuración; allí, por último, no tenía personalidad alguna la madre, y el aborto era solamente reputado crimen cuando perjudicaba al marido; y llegó á tanto la degradada situación de la mujer en Roma, que hubo épocas en que se cazaba á las mujeres hermosas como si fueran fieras salvajes para alegrar la orgía del Emperador, arrojándolas al día siguiente con una corona de adormideras.

La prostitución en Roma aparecía con todos sus más impuros caracteres, presentándose las cortesanas en los juegos florales completamente desnudas y cubiertas con anchos velos, danzando con hombres también desnudos y provocando escenas de depravación que más de una vez hicieron abandonar este espectáculo al severo Catón.

Casi siempre se casaban los romanos sin amor, y su amor jamás tuvo delicadeza. El amor en su lenguaje era el libertinaje. Era tan bajo el concepto que de la mujer tenían los romanos, que el mismo Mételo no vacilaba en decir: «Si la naturaleza hubiera sido bastante liberal para darnos la vida sin necesitar de mujeres, es-



taríamos libres de una compañía bien inoportuna,» añadiendo que el matrimonio debía considerarse como el sacrificio de un placer particular á un deber público.

¿Qué podía esperarse de la moralidad de las mujeres tratadas en Roma de este modo por los hombres? Que las más ilustres señoras las presente la historia como las más impuras cortesanas, que dedicadas al placer y sólo al deleite buscasen por todos los medios la manera de agradar á los hombres, con las artes y con los afeites que tan perfectamente nos describe el poeta Ovidio en su «Arte de embellecer el rostro.»

El divorcio era allí común por levisimas causas; la organización de la familia se bamboleaba como aquella sociedad privada, y los legisladores, á pesar de todos sus esfuerzos, eran impotentes para contener aquella avalancha de depravación que minaba el organismo romano. Y no podía ser de otra manera. La familia romana no descansaba sobre los amorosos vínculos de la sangre, sino que se encarnaba en el lazo civil de la potestad. Y esta potestad era tan omnimoda, que la mujer, así como los hijos y los nietos, no eran para el marido y para el padre sino una cosa de que libremente podía disponerse; la mujer perdía su nombre, tomaba el de su marido; lo que adquiría era para éste y hasta el fruto de su vientre dejaba de pertenecerle. Llegando á tanto el imperio de la ley en favor del esposo y en contra de la mujer, que, á semejanza de sus hijos, se le nombraba tutor para después de muerto el marido.

La situación de la mujer romana desde la cuna al sepulcro era por el derecho antiguo una perpetua esclavitud. El despotismo constituía la ley suprema del hogar doméstico, y no bastó que las leyes de Numa, las de las Doce tablas y alguna en tiempo de Augusto trataran de suavizar en algún tanto la condición de la mujer romana; ésta permaneció encerrada en los estrechos moldes que el legislador y la costumbre le otorgaran, y así hubiera continuado por largo espacio de tiempo á



no verificarse su regeneración moral y material mediante la aparición del Cristianismo.

Véase por qué la condición de la mujer no es otra cosa que un eslabón en la cadena de dolores y envilecimiento con que se presenta la organización de la familia en el mundo pagano. Allí no es posible buscar para la mujer la unidad, la indisolubilidad, la santidad, la unión de los corazones, ni el apoyo mutuo que según la ley de la creación debía tener ésta en la sociedad doméstica, encontrando allí el sagrado asilo de la ventura y el manantial fecundo de la virtud. Nada de esto allí encontramos: imperaba sólo para con ella la fuerza, el despotismo, y sólo merced á las artes de la sensualidad y del deleite podía esperar en alguna ocasión que se mejorase algo su depravada condición social.

El Cristianismo debía extinguir tales errores y vengarse á su modo de sus perseguidores haciéndolos mejores.

Amaneció por fin en el horizonte de Belén el astro brillante de igualdad y fraternidad, y sonó la potente voz del Hombre-Dios que dijo: «Venid aquí todos los que arrastráis cadenas, yo os haré libres.» En adelante la mujer no será propiedad de nadie, sino compañera del hombre. La unión de los dos sexos no será pasajera, sino eterna, merced á un sacramento. Pronuncióse la santa palabra «Uno con una y para siempre,» y la mujer, de un solo golpe, ante la aparición de esta moral tan pura como universal, y tan santa como que procedía del mismo Dios, salió de la servidumbre, recobró todas sus libertades y arrancó de su frente la marca de ignominiosa esclavitud que le imprimieron las civilizaciones del mundo pagano. Al amparo de esta creencia, universalmente reconocida, tuvo una ley moral que dirigiera sus acciones y sus sentimientos, una ley social que le marcara sus derechos y obligaciones, y comenzó á ser

el más bello elemento de la civilización de los pueblos, ejerciendo una legítima influencia, no tan sólo en el hogar doméstico, sino también en la sociedad.

Al calor de esta nueva doctrina se rechazó con energía y constancia la voluptuosa poligamia, que tanto envilece á la mujer, y se estableció la santidad del matrimonio, que es la más segura prenda del bienestar de la familia, y la primera piedra sobre la que debe cimentarse la verdadera civilización. Hasta como una hermosa alegoría se trató de presentar desde el principio el matrimonio cristiano, pues el velo corrido á la entrada del tálamo nupcial, y la religión guardando sus umbrales con ademán severo, es un precioso talismán para un tesoro tan hermoso como la mujer, que se aja con solo una mirada, y que se empaña con un levísimo aliento de impureza.

Ya está, pues, *dignificada, merced á la aparición del Cristianismo*. Ya es la eterna compañera del hombre; ya es la que le ayuda á sentir y á pensar; ya ha desaparecido su ominosa condición antigua; ya tiene derechos como el hombre; ya tiene, como él, un Dios y una ley; ya en la familia, por último, *ejerce su natural influencia*, y ejerciéndola en la familia, la ejerce indudablemente en la sociedad. Es, para decirlo de una vez, un poderoso elemento de civilización y de progreso social.

¿Cómo ejerce la mujer tan extraordinarias influencias? ¿Cómo se ha dignificado tanto por el Cristianismo? Veámoslo.

La mujer, esa hermosa mitad del linaje humano, esa fiel compañera del hombre, que es, sin duda alguna, el complemento de los beneficios con que nos colmara la Divinidad; esa brillante flor que ciertamente es la mejor y más bella de las obras de la creación, débil y todo, con la debilidad de su sexo, tiene, sin embargo, el poder de su dominio, y es, en sentir de un filósofo moderno, la más robusta palanca que dirige á su albedrío la vida y condición de los pueblos, pues que los hombres serán siempre lo que quieran las mujeres, toda vez que de la

educación moral de éstas depende y dependerá en toda ocasión la virtud y la grandeza de aquéllos; que la mujer significada por el Cristianismo ofrece tan natural influencia en los pueblos y en las sociedades, que en los distintos estados de su vida, como *hija*, como *amante*, como *esposa* y como *madre*, es el constante moderador de la grandeza de todas las naciones, y su mano, su corazón y su aliento se deja siempre sentir en el *hogar doméstico* y en la *sociedad*.

La mujer, como *hija de familia*, presta una influencia notabilísima en el organismo social. Durante los primeros años de su vida presenta los caracteres de volubilidad é inconstancia del niño, y con él comparte sus juegos y pasatiempos, teniendo las mismas aficiones é inclinaciones que éste.

En tal edad su inocencia candorosa es para sus padres el refugio en todos sus disgustos, el consuelo de todas sus penalidades, y reflejo acá en la tierra de los ángeles del cielo; no hay situación en la vida, por delicada que ésta sea, en que su sola presencia y su dulce sonrisa no haga trocar en un paraíso de deleites lo que antes era un eterno infierno de dolores.

Viene á seguida para la mujer una época de transición, que separándola de sus compañeros de juegos infantiles, la va acercando más y más á la edad núbil, en cuyo período, el más feliz de los de su vida, todo es dicha para ella, y no entreve el turbulento mar de las pasiones y la serie de penalidades y disgustos que le aguardan en el porvenir. En esta edad, en la que todo lo mira con risueño colorido, ríe, canta y llora al mismo tiempo, pero sus placeres y sus alegrías son muy efímeros, como efímera es la duración de esta edad en la vida de la mujer. Sin embargo, aun en este corto espacio de tiempo su influencia se deja sentir en el hogar doméstico y, como reflejo del mismo, en la sociedad donde viven sus padres. Esa hija que ya vislumbra en sus puras ilusiones las ambiciones y deseos para el día de mañana, despier-ta y aumenta en sus padres, cada vez más, el sentimien-

to honrado del trabajo, deseosos de lograr en su día una fortuna para su hija, y de proporcionarle un brillante porvenir. Añádase á esto que los dulces coloquios de los padres con la hija y la cotidiana enseñanza de sus deberes separan á los esposos de las diversiones y del lujo del mundo, y se comprenderá cuán legítima influencia va ejerciendo, paso á paso, la mujer como *hija en la familia*, y cómo aumenta la moralidad de la misma, y por reflejo la moralidad de la sociedad en que vive.

Más tarde, aquel ser, que hasta entonces no estaba formado, ocupa ya el elevado rango de mujer, queda establecida la adolescencia con todos sus atractivos, y entra la niña en esa brillante edad llamada, y con razón, la primavera y estación de los placeres. Entonces, los cuidados de su colocación, el deseo de hacer de aquella joven una esposa honrada y casta, determina en los padres un supremo esfuerzo; la union entre los individuos de la familia es más estrecha; el trabajo se hace más permanente, y el esfuerzo supremo se realiza, logrando los padres la alegría de que el fruto de su amor pueda ser el cimiento de una nueva familia, á la que trasmita los gérmenes de honradez que le enseñaron en su hogar. En este tiempo, y hasta que la mujer es casada, su influencia se deja sentir con poderosa mano, ayuda á los que le dieron el ser con su trabajo diario, y más de una vez la sagrada obligación de acompañarla por el mundo evita los actos de inmoralidad que minaban la existencia de alguna desgraciada familia.

No concluye aquí la poderosa influencia de la mujer como *hija*, en la *sociedad* y *en el hogar doméstico*. Aun después de casada, es casi siempre el sostén ó el consuelo de sus ancianos padres; y habiendo desaparecido para su alma la lucha de las pasiones, que la dominara en su juventud, comparte su vida entre la familia que por su voluntad se ha creado y la casa de sus padres, pasando ya su existencia entre estos dos castos amores, que tanto moralizan á la familia y á la sociedad, hasta que llega la hora de tener que cumplir el último de sus

deberes, como *hija*, cerrando sus ojos con cariñoso desvelo á los que le dieron el ser.

¿Puede darse misión más civilizadora é influjo más decisivo en la sociedad y en la familia que el que en ellas ejerce la mujer como *hija*?

Pues no es menor, ni con mucho, el que á ellas presta como *amante*.

Es sabido, de antiguo, que el hombre está sujeto á la influencia de la mujer en el camino que recorre en el mundo desde la cuna hasta el sepulcro. Acaba de salir apenas de los amorosos cuidados de una madre tierna y cariñosa, y ya el amor se hace dueño del corazón de aquel joven, que con impulso desconocido enlaza su destino y su vida toda á la voluntad de la mujer que ha logrado despertar sus simpatías. Aquí comienza el nuevo dominio de la mujer y su legítimo influjo sobre el hombre; influjo que es tan universal y que caracteriza tanto la preponderancia social de la mujer como amante, que hizo decir á la egregia doctora de la Iglesia, Santa Teresa de Jesús, las siguientes significativas palabras: «Si Satanás pudiese amar, dejaría de ser malo.» «Es el infierno un sitio donde no se ama.»

En efecto, llegado el hombre á la edad de la adolescencia, se produce en él una revolución tan radical que cambia por completo su destino. En esta edad ya no le satisface el desinteresado cariño de un amigo, el amor purísimo de su madre no ocupa ya sólo su corazón, y soñando en sus delirios con el de una mujer, reconoce que hay en su pecho un vacío que sólo ésta puede llenar, y en la que presiente la que ha de satisfacer sus castas ilusiones, y la que siendo más tarde la eterna compañera de su vida, ha de ser durante toda ella el ángel que ha de velar sus futuros destinos.

Y en esto no hace otra cosa que cumplir una ley natural por Dios instituida. Formada la mujer para amar y ser amada, el hombre, raro es el caso en que puede resistir á este amor y á las lágrimas de la mujer querida, que tan amenudo acuden á su socorro y con las que

siempre sale vencedora en las luchas, y ejercita, quizá sin ella saberlo, uno de los actos más decisivos en la vida del hombre en la sociedad.

Ciertamente el que sabe amar con ese amor puro que se funda en las prendas del alma y que es inagotable manantial de delicados y no interrumpidos placeres, ese habrá recibido ya el influjo de la mujer amada y se presentará en la sociedad siendo valiente y esforzado; será entusiasta por el honor y la justicia; será casto, y aparecerá, finalmente, capaz de acometer las más arduas empresas y de sufrir con resignación las mayores desgracias.

Mil y mil son los ejemplos prácticos que pudieran citarse de las redenciones del hombre por el amor. ¡Cuántas veces las mujeres han ejercido una influencia tal sobre sus jóvenes amantes, que con la poderosa magia de su palabra y el decidido influjo de sus encantos han logrado arrancarles de los brazos de la impureza, los han retirado de los casinos y de ciertos círculos donde se pierde la fortuna, la vida y la salud, y donde la honra de la familia se halla en manos de la procacidad y del vicio, haciendo de estos jóvenes hombres de moralidad y de provecho y personas que en su día han de prestar señaladísimos servicios á la sociedad y á la familia!

No se negará, pues, el legítimo influjo de la mujer *como amante* ni su gran personalidad en el organismo social.

Tampoco es menor el que en él ejerce como *esposa*.

Su influencia se deja sentir de una manera decisiva, ya la estudiemos en la clase media y poco acomodada, ya en la inocente aldeana que vive en su modesto lugar, ya en la aristocrática señora que puebla los salones del gran mundo. Al amparo del matrimonio, el hombre encuentra una compañera, y el imperio de su fuerza contrasta notablemente con el de la mujer, que reside sólo en la gracia, en la suavidad y en las caricias.

Es tal y tan decisiva la influencia de la mujer como *esposa*, que hizo decir al grande Salomón, que « todos los favores de la fortuna y los honores de la sabiduría eran debidos á la grata influencia de la mujer. » El orden de

la casa, el respeto de sus hijos y el amoroso consorcio de su esposo, unido á los homenajes de cuantos la rodean, presentan el tipo más perfecto de la mujer casada, y la hacen aparecer en el matrimonio como el modelo más acabado de la organización de la familia y de la organización social.

Toda la historia, desde la aparición del Cristianismo hasta nuestros días, nos enseña con caracteres de verdad que desde el tiempo en que se encontraron frente á frente en obstinada lucha la belleza de la mujer y la barbarie del hombre ésta recabó para sí el vencimiento dentro del hogar de la familia, y su influjo se dejó sentir lo mismo dentro del murado castillo feudal, suavizando las costumbres de los guerreros, que dirigiendo á éstos en los combates y excitándoles á compasión para con el vencido, como haciendo nacer con sus encantos la institución de la caballería, destruían poco á poco la ruda fiereza de sus esposos, inculcando en ellos el generoso sentimiento de la caballerosidad y la galantería, y llegando á decidir de los destinos de los pueblos, merced á las atinadas y múltiples observaciones que diariamente hacían en la familia.

Dotada la mujer de una intuición extremadamente perspicaz, y leyendo en el porvenir los futuros destinos de su esposo, no pequeño influjo puede ejercer en la sociedad si el marido la consulta con amor en los más arduos y delicados asuntos de su vida. Si la consultara más amenudo, decía hace tiempo un sabio escritor, no veríamos tantas familias víctimas de desgracias que hubiera previsto el ojo avizor de una prudente esposa, pues es preciso concederle una visión mágica de lo que ha de ocurrir, que reconocida con gusto por el marido, dirige á la familia por seguros derroteros y coloca á ésta en el camino de la prosperidad y de la dicha.

Quede, pues, sentado que la influencia de la mujer como *esposa* es decisiva en el hogar doméstico y en la sociedad.

Resta sólo considerarla como *madre* y estará comple-

to el cuadro que nos propusimos trazar, presentando á la mujer como elemento de prosperidad y de grandeza en la sociedad, después que tuvo la dicha de ser *dignificada por el Cristianismo*.

Todos los placeres de la tierra tienen por fundamento el deseo de gozar y de aumentar la prosperidad en la vida. Sólo el placer que nace de la dulce consideración de la mujer como *madre* es el único que surge de en medio de los sufrimientos. Desde el momento mismo en que lanza al mundo el nuevo ser que ha llevado en sus entrañas comienza con sus amorosos cuidados á sostener la vida de su hijo, siendo la recompensa de sus asiduos trabajos su risa cándida y amorosa, que enternece su corazón y le llena de inapreciables dulzuras.

No basta sólo que procure su mantenimiento material, sino que también le proporciona el alimento moral, que llevando á su alma las más puras enseñanzas, se las inculca con tierna solicitud, formando su corazón y encaminándole por el sendero del bien con las máximas de la moral cristiana envueltas en las más inocentes oraciones, que desde niño pronuncia con labio balbuciente. No puede presentarse cuadro más patético y sublime que el de una madre imprimiendo sus doctrinas, mezcladas con su amor, en la tierna inteligencia de su hijo, y como su educación moral y religiosa se la transmite al mismo tiempo que le da la vida y es de todos los días y de todos los momentos, con esas dulces lecciones que cual oración de los ángeles se graban en nuestra imaginación sucesivamente, queda siempre perenne en nuestros corazones y es el firme sostén que nos alienta en los embates de la vida.

Y no sólo la condición moral del hombre depende de la madre, sino que también á ella es debida la suerte que le cupo en el mando, como muy espontáneamente lo proclamaba á las naciones el gran genio de Napoleón I. Una madre es quien únicamente puede enseñarnos, y nos enseña, á posponer el vil interés de la fortuna al honor; una madre es quien mejor nos alienta á ejercer la



caridad, viendo cómo ella la práctica; y una madre, en fin, es quien únicamente puede señalarnos la senda de la vida, con el constante ejemplo de sus virtuosas acciones.

El influjo de la mujer como *madre* en la sociedad queda y se perpetúa, aun después de muerta aquélla, en la persona de su hijo. Todo el que recuerda las sanas máximas de su madre, practica la virtud y es honrado, aunque no sea más que cumpliendo un deber sagrado y por respetar su dulce memoria.

Por último, si, como dice madama Stael, el amor, esa llama que arde en el cielo, es la vida constante de la mujer, en ninguna de sus manifestaciones aparece á mayor altura, ni la eleva tanto, como con el amor de madre; éste es el que corona, por decirlo así, la grande obra que con las distintas clases de amor de que es capaz, realiza la mujer cristiana en la familia y en la sociedad.

\* \*

Ya queda terminada la somera indicación que nos propusimos hacer, demostrando que la mujer *dignificada por el Cristianismo*, y en los diversos estados como puede aparecer en la vida, ejerce una legitima influencia en el hogar doméstico y en la sociedad; y que esta influencia era imposible la ejerciera viviendo la vida de abyección y embrutecimiento en que se hallaba colocada, como hemos visto, durante la dominación del mundo antiguo, y antes de ser regenerada por la doctrina del Crucificado.

Pero es preciso reconocer que la mujer, aun teniendo aptitudes y condiciones favorables para ascender en la situación que como madre de familia ocupa en el mundo cristiano, no debiera aspirar nunca á poseer unos falsos honores en la vida social, pues si bien es cierto que á la completa educación de su inteligencia tiene perfectísimo derecho, no lo es menos que las distinciones y grandezas que pudiera alcanzar no son en modo alguno comparables con la inmarcesible aureola que se destaca sobre su frente considerándola como madre de familia.

Y hoy que al par de la influencia que como *hija*, como *amante*, como *esposa* y como *madre* ejerce en los destinos del mundo, por las leyes de algunos Estados puede ceñir á sus sienes la corona real, como los hombres, no debe olvidar nunca que toda esa grandeza que ha alcanzado la debe sólo á la eficacia del Cristianismo. Por eso debe seguir siempre con esa virtud natural y con esa devoción espontánea, ingénita en la mujer católica, que de derecho tiene obligación tan sagrada; pues si con la aparición de la doctrina evangélica se realizó la redención moral del hombre, al amparo de sus purísimas máximas se vió la *mujer dignificada*, operándose á la vez su redención moral y material en la sociedad.

\* \* \*

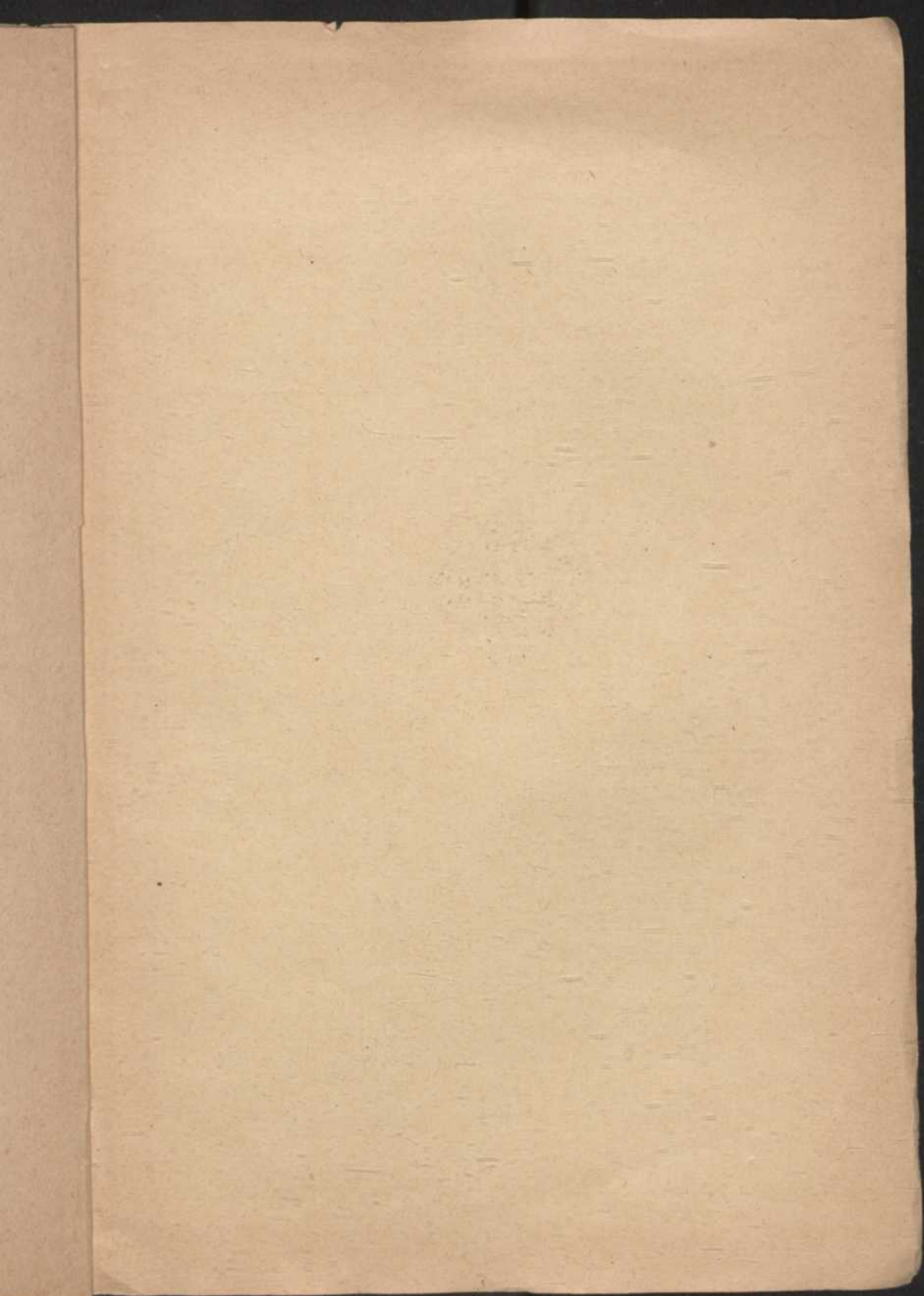
Una palabra más y concluyo.

Para vosotras, alumnas premiadas, y para todas las alumnas de la Sección de estudios de la Sociedad Económica de Granada han de ser hoy mis últimas recomendatorias frases de despedida.

Ya habéis visto que todo lo debéis al catolicismo. No olvidéis nunca lo que erais antes de la aparición de esta doctrina redentora y humanitaria. Y para el porvenir tened siempre presente que la mujer española, para ser instruída y completamente educada, debe ante todo ser religiosa y creyente, pues de otro modo pugnaria con los hermosos ejemplos de la historia y sería una flor sin perfume alguno, ejerciendo sus facultades sin dirección moral ordenada y apareciendo ante la sociedad como un ser que, más que admiración, inspirase lástima, pues es imposible comprender á la española y á la granadina sin la práctica de esas hermosas creencias que inspira la religión, y que han sido siempre el más grande y más envidiable distintivo de la mujer en esta clásica tierra del catolicismo.

HE DICHO.

*Granada 15 de Octubre de 1893.*





*Library of the*